

Isaac Albéniz, oriundo Vitoriano

Por ALEJANDRO DE VERASTEGUI

En el Boletín de la Institución "Sancho el Sabio" de la Obra Cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de la Ciudad de Vitoria, correspondiente al año II, tomo II, n.º 1, de 1958, apareció un artículo de mis buenos amigos Venancio del Val y Gonzalo Manso de Zúñiga, titulado "Un músico riojano: Sebastián de Iradier y Salaverri", que leí con delectación, por tratarse de un trabajo tan interesante como documentado, relativo al músico alavés citado. A partir de esa agradable lectura, me creí en el deber de decir algo sobre una figura extraordinaria, no tan alavesa como Iradier, pero que, llevando sangre de nuestra tierra, ha pasado a la historia de la música española y universal como el representante del retrasado romanticismo musical de España: ISAAC ALBENIZ. Por otra parte, se da la circunstancia de que en 1959 se cumplió el cincuentenario de su muerte, y en 1960 se cumple el centenario de su nacimiento. Dos razones más que obligan a recordar su interesante y doble personalidad, como hombre y como músico.

EL HOMBRE. — Nació Isaac Albéniz el 29 de mayo de 1860 en Camprodón, pequeña villa de la provincia de Gerona, partido judicial de Puigcerdá, próxima a la frontera francesa; y fue bautizado el 3 de junio, día de San Isaac. Isaac Manuel Francisco, nombres que le fueron impuestos al recién nacido, era hijo legítimo de don Angel Albéniz, natural de VITORIA, y de doña Dolores Pascual, natural de Figueras (Gerona) siendo abuelos paternos don Matias Albéniz, natural de VITORIA, y doña Lorenza de Gauna, natural de ALI (ALAVA), y abuelos maternos don José Pascual, natural de León (Cádiz) y doña María Bardera, natural de Gerona. He aquí, pues, su clara y franca ascendencia vitoriana, habiendo nacido en Camprodón como pudo haberlo hecho en cualquier otro punto, debido a que don Angel Albéniz, su padre, prestaba sus servicios como funcionario de aduanas en dicho rincón gerundense, casi fronterizo.

La figura de don Angel, padre de nuestro Isaac, debe destacarse por la influencia que tuvo en la vida de su hijo. Uno de los biógra-

fos de Isaac Albéniz dice: "Don Angel Albéniz y Gauna, ardiente patriota, espíritu emprendedor e inquieto, y carácter exaltado, era uno de esos tipos netamente españoles, con facilidad de palabra y ribetes de político, poeta, quijote y don Juan". Había publicado, años atrás, con el seudónimo de "Peruchico", un librito de poesías titulado "Glorias Babazorras", dedicadas a cantar las gestas de los alaveses en sus luchas con los soldados de Napoleón, en la guerra de la Independencia, librito que siento de veras desconocer en absoluto. La infancia de Isaac transcurrió en la calle de Escudillers, de Barcelona, a cuya capital fue trasladado su padre. Bien pronto da muestras de sus excepcionales facultades musicales, y con la ayuda de Clementina, su hermana mayor, se inicia en el aprendizaje del piano, con tal facilidad que a la edad de cuatro años da su primer concierto público. He aquí al niño prodigio que causa sensación en Barcelona. Nuestro paisano don Angel, que no tenía un pelo de tonto, pero sí escuálidos ingresos, ve en su hijo Isaac la posible salvación económica de la familia, y lo envía a París, con Clementina y la madre de ambos, para estudiar en el Conservatorio de la capital francesa. Es muy conocida la anécdota: Isaac, después de un magnífico examen, fue excluido de su ingreso en el Conservatorio de París debido a que, mientras esperaba la calificación, rompió un cristal jugando a la pelota. Tenía siete años de edad. Vuelve a España.

Su hermana Clementina, su primera profesora de piano, le había iniciado, también, en las primeras letras, para las que tiene tanto talento y distinción como para la música. A los ocho años comienza su primera jira de conciertos, con su padre y Clementina, por Cataluña, con grandes éxitos, que siguen durante 1869 por el Norte de España, y entonces es cuando compone su primera obra: "Marcha Militar dedicada al Vizconde del Bruch, hijo del General Prim, por el niño de 8 años, Isaac de Albéniz". Demuestra ya prodigiosa facilidad para improvisar y componer. España atraviesa una de las épocas más azarosas de su historia; las cuarteladas se suceden, así como los cambios políticos y, a consecuencia de uno de éstos, es destituido de su cargo don Angel Albéniz.

Se traslada la familia a Madrid. Sin cumplir aún los diez años, ingresa Isaac en el Real Conservatorio madrileño. Don Angel, de ideas más que liberales, fanático partidario del General Prim y, según parece, afiliado a alguna logia masónica, era, en cambio, un tiranuelo dictador en el seno familiar, fenómeno paradójico que suele darse con frecuencia en la vida. Isaac, de espíritu independiente y aventurero, no pudiendo aguantar al autor de sus días e

influenciado, quizás, por las novelas de Julio Verne, que materialmente devoraba, se fuga a los diez años de edad, de la casa paterna, a El Escorial, donde da un recital de piano, y sigue, actuando artísticamente, por Avila, Salamanca, Zamora, Valladolid y Burgos. Vuelve a Madrid. Su fama llega al Palacio Real en 1871, con Amadeo de Saboya. Segunda fuga del hogar paterno en 1872: esta vez a Andalucía, que recorre casi toda. La música del país le cala hondo; día llegará en que lo demostrará al mundo. Desde Cádiz se marcha a América. Argentina, Uruguay, Brasil, son los países que recorre tocando el piano, a los doce años. Vuelve a España y hace jira de conciertos en plena guerra civil, en 1873, actuando tanto en el campo carlista como en el liberal. 1875: entra en Madrid Alfonso XII. Albéniz, espíritu inquieto, viaja a Puerto Rico, Cuba, EE. UU., Inglaterra y Alemania. 1877: Vuelve a Madrid a casa de sus padres. El Secretario de Alfonso XII, Conde de Morphy le consigue una beca para el Conservatorio de Bruselas, donde alcanza el Primer Premio de piano. De entonces es su amistad íntima con el violinista Enrique Fernández Arbós.

En mayo de 1880 da un concierto en el Círculo Vitoriano, según comentó "El Anunciador de Vitoria". Se va a Viena en busca de Liszt, con quien se entrevista el 15 de agosto del mismo año, y recibe sabios consejos del eminente pianista y compositor húngaro, cuya figura venerable impresiona hondamente a Albéniz. En 1881 vuelve a actuar en Vitoria. En 1883 hace una jira de conciertos con su amigo el violinista Arbós. Este mismo año conoce a Pedrell, insigne musicólogo catalán, cuyas enseñanzas dejarán huella en Albéniz, en el campo de la composición. Contrae matrimonio con Rosina Jordana, una de sus discípulas, matrimonio que resultó felicísimo. Actúa en Francia, donde da a conocer sus primeras obras, todavía intrascendentes. Toma casa en Madrid, da clases y la aristocracia madrileña le elige como profesor para sus hijos, pero no por ello deja de recorrer España entera en jiras de conciertos. En 1889 actúa de nuevo en el Círculo Vitoriano, donde dice un periódico local: "...casi podría decirse que lo hemos visto crecer, por las tantas veces que, desde pequeño, ha venido a tocar año tras año". Abre casa en Londres y actúa en toda Europa.

1893 marca una fecha crucial en la vida de Albéniz, pues abandona su carrera de virtuoso para dedicarse de lleno a la composición. El pobre ambiente musical de España le ahoga y en 1894 se instala en París. Acude a las tertulias musicales y literarias más selectas de la capital francesa, en las que tiene inmediatamente grandes admiradores. Todos simpatizan con él por su arrolladora

atracción personal, desenvoltura para conversar y gracia para redactar, sin haber pisado jamás el aula de una escuela. Viene a España todos los años, pues añora su patria allá donde se encuentra, pero no halla más que dificultades para el estreno de sus obras y un ambiente totalmente hostil, tanto en Madrid como en Barcelona. En el extranjero, en cambio, se le mima y halla el calor que le falta en su tierra: conciertos en su honor, recepciones oficiales; todo ello le emociona y... compara. Por otra parte, las complicaciones familiares: su padre, don Angel, separado hace años de su mujer, vivió hasta 1903, y resultó un viejo verde incorregible, constituyendo una cruz y una carga para Isaac, quien se veía obligado a enviarle dinero constantemente para emplearlo el viejo en el juego y en sus seniles aventuras amorosas. Nuestro paisano era, pues, de cuidado.

Más bien bajo, rechoncho, alegre, optimista e impenitente fumador de habanos, Albéniz era una figura atrayente en grado sumo. Desde muchacho fue bonachón y atolondrado, pero recto y leal. Fiel a sus amigos, generoso y caritativo. Es sabido cómo costó la edición de sus obras a su amigo el compositor francés Chausson, sin que éste llegase a saberlo jamás. Su casa de París estaba abierta siempre a todo el mundo, sobre todo a sus compatriotas. Manirroto y desprendido, aun en épocas de estrechez económica, su divisa era la nobleza, la generosidad y el desinterés. Su mujer, Rosina, siempre era el freno de sus excesos caritativos.

En 1908 se agudiza la enfermedad que venía padeciendo: albuminuria y una lesión cardíaca. Los últimos meses de su vida los pasó en Cambo-les-Bains (Bajos Pirineos), donde murió el 18 de mayo de 1909, con la amargura de no haber sido comprendido en su patria, mientras el Gobierno francés le concedía la Legión de Honor, horas antes de expirar, siendo su amigo y colega Enrique Granados quien le comunicó la noticia de la gran distinción, lo que constituyó para Albéniz la última satisfacción de su vida.

EL MUSICO. — España, al surgir Albéniz, llevaba muchos años totalmente ausente de la vida musical europea. Salvo Cabezón, Morales, Victoria, en el Renacimiento y, tres siglos después, las aisladas figuras del P. Soler y J. C. Arriaga, no contaba España con figuras de talla en relación con los demás países de Europa. La música española estaba decididamente influida por la italiana, tan en boga a la sazón. Como dice el P. Federico Sopena: "España vivió ante la Europa musical del siglo XIX con cincuenta años de retraso. Hasta 1866, no se había oído completa una Sinfonía de Beethoven." En este ambiente llega Isaac Albéniz. Como pianista

fue de una precocidad extraordinaria, semejante a la de Mozart. Pero no fue un niño prodigio de los que se eclipsan al llegar a adultos, cosa tan frecuente, sino que continuó siendo un ejecutante excepcional hasta 1893, a partir de cuya fecha se dedicó de lleno a la composición. La crítica de su época le compara a Listz, Rubinstein y Hans von Bulow, los mejores pianistas de entonces, lo cual es verdaderamente asombroso si tenemos en cuenta la figura física de Albéniz, rechoncho, de brazos cortos y manos pequeñas, gorduzuelas y almohadilladas, lo más opuesto para dominar el piano. Sin embargo, a pesar de su falta de facultades físicas, su facilidad extraordinaria de ejecución y su musicalidad poco común, hicieron de él un pianista de excepción.

Respecto a la composición, ha habido musicólogo que ha establecido un paralelismo entre Chopin y Albéniz, con fundamento indudable. A pesar de las opuestas naturalezas físicas, coinciden ambos compositores en ser esencialmente pianísticos y no haber apenas cultivado las formas orquestales. Pero Albéniz es más varonil, más pintoresco y más vehemente. Nuestro Isaac se lanzó demasiado pronto al mundo de los conciertos, siendo un niño, debido a su espíritu aventurero, inquieto e independiente, sin una formación musical completa. De armonía y composición tenía, según parece, una idea muy vaga, fuera de la estrictamente pianística. Cuando en 1883 conoce al gran profesor y musicólogo catalán Felipe Pedrell, quien no se cansó de predicar la renovación de la música hispánica, y de quien Albéniz tomó lecciones, no quiso este sujetarse a las disciplinas de la armonía y el contrapunto. Sin embargo, a pesar de las rebeldías del discoloro discípulo, Pedrell fue quien más contribuyó a convencer a Albéniz del gran músico que había en él.

Influenciado por los gustos —pésimos, por cierto— de la época, las obras de Albéniz hasta 1889, de un relativo valor musical, fueron vales, mazurcas, polcas, y canciones, dedicadas casi todas a sus alumnas de la alta aristocracia madrileña. Pero sumaban ya unas doscientas composiciones que, si intrascendentes, en sus pinceladas se vislumbraba el futuro autor de "Iberia". Una de las grandes cualidades de Albéniz era la modestia. A sus primeras obras para piano las consideraba "pequeñas porquerías sin importancia" y era frecuente oírle decir: "Pero, Señor, ¿qué encuentra toda esa gente en mi música para ensalzarla?" De esa primera época es "Suite Española" la más destacada, compuesta de ocho piezas, consagradas a otras tantas ciudades españolas. Fue, quizás, el jalón primero

de la música verdaderamente española, que, más adelante, había de llegar a cimas más elevadas.

Lo extraordinariamente curioso en Albéniz es que, a partir de 1894, en que se instala en París definitivamente, es cuando sus obras van siendo cada vez más españolas. Parece como si la ausencia de la patria le acercase más a ella; y es cuando su inspiración española se intensifica de modo sorprendente. En París se pone en contacto con el grupo más distinguido de los músicos franceses de la época: Camille Saint-Saëns, Gabriel Fauré, Vincent D'Indy, Ernest Chausson, Messager, Debussy, Dukas, etc., quienes pronto son sus más íntimos amigos. Su modesto piso de Passy era lugar de reunión de músicos, pintores y literatos, muchos de ellos compatriotas. Allí acudían con frecuencia Sarasate, Arbós, Granados y Ricardo Viñes, entre los músicos; Zuloaga, Rusiñol, Apeles Mestres, Pichot y Regoyos, entre los pintores; Pompeyo Gener, Oller y Ganivet, escritores, y siempre haciéndoles favores y sembrando generosidades. Sus amigos, los músicos franceses, pronto comprendieron su alta categoría musical, y Albéniz, que llevaba varios años dedicado al género lírico, obsesionado por sus fanáticas admiraciones wagnerianas, acabó por convencerse, siguiendo el consejo de sus colegas galos, de que su verdadero camino estaba en la música pianística. Ello, a pesar del triunfo obtenido con su ópera "Pepita Jiménez", primera ópera española estrenada fuera de España. Fue, quizás, esta obra la precursora del romanticismo de "Goyescas" y de las gitanerías de "El Amor Brujo". Entonces compone "Cantos de España". No fue obstáculo en Albéniz su sangre alavesa-catalana para que estuviere impregnado de la música de Andalucía, región española por la cual sentía verdadera adoración. Su abuelo materno era gaditano, y él siempre se consideraba, por temperamento y aspecto físico, un poco moro. Sus jiras de conciertos por tierras andaluzas, en sus tiempos de pianista, en los que conoció a fondo la música de aquel país, y sus paseos solitarios por las estrechas callejuelas de los barrios árabes de Córdoba, Sevilla y Granada, habían dejado en él hondos recuerdos. Granada, quizás, fue la fuente de mayor inspiración. Sus obras "Granada", "En la "Alhambra", "Torre Bermeja", "La Vega", "El Albaicín", dan fe de ello. Todo cuanto se relaciona con la ciudad de Boabdil le embriagaba, desde la apacible vega granadina, hasta el misterioso Albaicín, barrio de los gitanos, dominados por la vigilante colina de la Alhambra, con sus poéticas torres bermejas y palacios árabes, siempre acompañados del inefable murmullo del agua de los innumerables surtidores, refrescando los maravillosos macizos de flores policromadas. En Granada, según

confesión propia, es donde mejor se encontraba. No hay que olvidar que se consideraba un poco moro.

El continuo trato con los jóvenes músicos franceses hizo que asimilara perfectamente las tendencias modernas de la música y se enriquecieran sus conocimientos más y más. Su inspiración, sin embargo, es netamente española: el folklore de su patria lo lleva siempre dentro y lo eleva en sus composiciones a alturas desconocidas hasta entonces. En esta época triunfaban en Madrid Chapí, Bretón, Chueca y otros con sus zarzuelas, de música graciosa y chispeante, eso sí, pero, al fin y al cabo, un género ligero insuficiente para la categoría musical de Isaac Albéniz, quien estaba llamado a más altos designios. Y es a partir de 1889 cuando Albéniz escribe las obras que podemos llamar de transición, que no cito por razón de espacio, hasta culminar, desde 1905, en "IBERIA", su obra maestra, compuesta de doce piezas, dividida en cuatro cuadernos, como sigue: Primer cuaderno: "Evocación", "El Puerto" y "El Corpus en Sevilla". Segundo cuaderno: "Rondeña", "Almería" y "Triana". Tercer cuaderno: "El Albaicín", "El Polo" y "Lavapiés". Cuarto cuaderno: "Málaga", "Jerez" y "Eritaña". No es momento oportuno, ni el firmante tiene la necesaria autoridad para hacer un análisis de esta obra genial, más que suficiente para dar a su autor el sello de la inmortalidad, ya que Albéniz logró sacar de sus fronteras el folklore nacional y, transformado con su técnica e inspiración, llevarlo por medio del teclado a través del mundo entero, marcando, al mismo tiempo, la pauta que habrían de seguir más tarde Falla, Granados, Turina y las siguientes generaciones de compositores españoles.

Isaac Albéniz murió joven, días antes de cumplir los 49 años de edad. Fue, por tanto, una malograda figura de la música española, a la que hubiera continuado enriqueciendo de haberle concedido la Providencia más larga vida. En los señalados años de 1959 y 1960, cincuentenario de su muerte y centenario de su nacimiento, respectivamente, es un deber recordar con admiración a este genial artista, no sólo por lo que representa en la historia de la música hispánica y universal, sino también por lo que le ligaba a nuestra tierra: su sangre vitoriana.

Vitoria, enero de 1960.